

Historia clínica del Emperador

P. Gargantilla Madera

Hospital Clínico «San Carlos» de Madrid

Introducción

La principal base de un diagnóstico clínico es la correcta anamnesis del paciente, esto es la historia de la enfermedad, seguida de una minuciosa exploración física y, cuando sea preciso, completado por las pruebas complementarias pertinentes (análisis de sangre, radiografías, análisis de orina...). A pesar de la situación avanzada de la medicina actual, en algunas ocasiones es difícil llegar al diagnóstico final de la enfermedad del paciente, por lo que mucho más difícil será en el caso de pacientes fallecidos hace siglos, puesto que la guía de la anamnesis se basa en los documentos históricos autobiográficos o de sus colaboradores, sin tener la posibilidad de realizar la exploración física ni poder solicitar las pruebas complementarias oportunas.

Así pues, la primera dificultad a la que nos enfrentamos al analizar la historia clínica de Carlos V es puramente de método, para llegar al juicio clínico debemos «fiarnos» de las fuentes escritas de la época, con las limitaciones que ello conlleva, como ahora veremos.

Antecedentes familiares

En este año se cumple el quinto centenario del nacimiento de Carlos I, el primero de los cinco monarcas de la dinastía de los Habsburgo que, con mejor o peor acierto, dirigieron los designios de nuestra nación durante casi doscientos años.

Todos los monarcas y herederos de esta dinastía, así como muchos de los hidalgos engendrados de las relaciones extramaritales a las que los reyes eran bastante prolijos, portaron un estigma físico inconfundible: el prognatismo, se entiende como tal a una protusión del hueso maxilar inferior o mandibular. En las siguientes líneas trataremos de buscar cuáles fueron las raíces de tan característico «defecto real».

El prognatismo de los Habsburgo comienza a ser claramente evidente en el emperador Carlos I, el cual, como ahora veremos, heredó dicho estigma por doble vía.

Las crónicas de la época describen a la princesa polaca Cymburne, madre de Federico III, como una dama dotada de una marcada protusión del hueso mandibular y de una fuerza descomunal, hasta el punto de ser capaz de cascar las nueces con sus dedos, sin necesidad de utilizar ningún utensilio, lo cual no deja de ser bastante curioso para una dama de tan alta alcurnia. Estos dos hechos, unidos a una altura muy superior a la media de la época, nos hacen sospechar que la princesa sufriera acromegalia. La acromegalia es una enfermedad de origen endocrinológico que se caracteriza por una excesiva producción de hormona de crecimiento (GH) lo cual produce elevada estatura, manos y pies grandes, así como una facies característica, con agrandamiento del hueso maxilar inferior.

El hijo de esta princesa, Federico III (1415-1493), hereda el retroceso del labio superior y la prominencia mandibular, rasgos que se acentuarán aún más en su descendiente, Maximiliano I (1459-1519), según se puede observar en uno de los retratos que magistralmente realizó Alberto Durero.

A los dieciocho años, Maximiliano I contrae sus primeras nupcias con María de Borgoña, de este matrimonio nacieron dos hijos: Margarita y Felipe, el futuro príncipe consorte español que recibió el sobrenombre de «el Hermoso».

La historia del prognatismo en la nobleza española se remonta hasta Alfonso VII, hijo de doña Urraca y de un príncipe de Borgoña. El nieto de este monarca fue Alfonso VIII de Castilla, vencedor de las Navas de Tolosa (1212) y fundador en 1208, en Palencia, de la primera universidad española. Curiosamente, doña Blanca, hija de Alfonso VIII, se casó con Luis VIII de Francia, de esta forma se cruza el prognatismo castellano con el de la casa de Anjou y, de esta forma, pasará a la futura dinastía borbónica.

Alfonso VIII también padeció el estigma real y lo transmitió, cómo no, a los demás reyes castellanos: Fernando III, Pedro «el Cruel», Enrique II de Trastámara (su nieta, doña Leonor, fue abuela de Maximiliano I), Juan II y Enrique IV.

De esta nutrida lista de monarcas, la protusión mandibular fue más marcada en el abuelo paterno de Isabel «la Católica», hermana de Enrique IV, Enrique de Trastámara, como se puede observar en un retrato que se conserva en la catedral de Toledo.

Hallazgos similares pueden observarse en el hijo de este monarca, Juan II, como puede admirarse en el cuadro que alberga el Museo del Prado, además su mascarilla mortuoria representa un auténtico prognático.

Enrique IV «el Impotente» era conocido como el de «las quijadas luengas y tendidas de la parte de ayuso», lo cual deja constancia del importante prognatismo que presentaba el monarca. Es descrito, por los cronistas de la época, de gran tamaño, de dedos largos y gruesos, mandíbula prominente y dientes mal colocados.

El azar quiso que la prima hermana de Enrique IV se casara con Federico III, por lo que algunos años después llevaría en sus entrañas al futuro Maximiliano I, de esta forma se entrecruzan la línea castellana con la alemana.

Juana, la hija de Isabel «la Católica», contrajo matrimonio con Felipe, el heredero de Maximiliano I, fruto de esta unión nació el futuro emperador Carlos V, el cual, como no es de extrañar al analizar su árbol genealógico, sufrió un prognatismo muy acentuado, resultado del cruce de dos dinastías prognáticas.

El prognatismo obligaba al monarca a mantener constantemente la boca entreabierta, por ello el punto de articulación lingual se encontraba avanzado, ocupando una posición interdental, esta alteración lejos de ser una mera anécdota anatómica trajo grandes consecuencias políticas, como ahora veremos. Era el motivo por el cual el monarca pronunciaba con dificultad la «c» y la «z», produciéndole un ceceo constante, originando un halo de extranjerismo que le procuró algunos problemas entre los cortesanos castellanos.

El estigma real motivaría el siguiente comentario de un infanzón de Calatayud: «cerrad la boca, majestad, que las moscas de este reino son traviesas». Parece ser que este es el origen de la expresión castellana «en boca cerrada no entran moscas».

Como se señaló anteriormente, el prognatismo se iría acentuando en los descendientes de Carlos I, heredándolo Felipe II, Felipe III y Carlos II «el Hechizado», será precisamente en este último monarca, último rey de los Austria, el que lo padeció de forma más marcada, generándole no pocos problemas gastrointestinales a lo largo de toda su vida.

La infancia

El príncipe Carlos vino al mundo el día 24 de febrero de 1500, festividad de San Matías; su madre, en avanzado estado de gestación, se encontraba disfrutando de las delicias de un sarao en el palacio de Gante, cuando a la una de la madrugada comenzó a sentir molestias abdominales, el parto se acababa de desencadenar. La princesa se retiró a una estancia privada, y allí, en pocos minutos, trajo al mundo al futuro emperador de Europa, sin duda, se trató de un parto muy precipitado, fruto de una dilatación intempestiva.

Para fortuna del príncipe, su madre regresó prematuramente a Castilla poco tiempo después del parto, siendo Margarita de Austria, viuda del endeble Juan, el hijo de los Reyes Católicos, la que se hace cargo de la educación del pequeño Carlos, educación que estará a la altura de su abolengo.

El niño es poco agraciado, tiene el mentón prominente, fruto de una marcada herencia, como hemos visto, lo cual le impide cerrar la boca completamente. A pesar de recibir una exquisita educación el Emperador siempre tuvo grandes problemas numéricos, era muy poco apto para las ciencias. Jerónimo de Moragas opina que de haber sido sometido a una revisión psicométrica hubiera sido declarado inútil, intelectualmente hablando.

Las letras le ocasionaron dificultades similares, no aprendió el flamenco hasta los trece años, nunca llegó a hablar correctamente el alemán y durante toda su vida se defendió mal en castellano, dificultades lingüísticas que le producirán no pocos problemas con sus súbditos.

Durante su infancia padeció adenoides, expresado en lenguaje popular «vegetaciones», en una de las pinturas de Stiegel, que puede ser admirada en el Museo de Viena, aparece representado con la boca abierta, ya que los pacientes que padecen adenoides tienen dificultades en la respiración nasal y se ven obligados a respirar con la boca.

Según Andrés Vesalio, de pequeño tuvo algunas crisis epilépticas, mal que desapareció de adulto; algunos autores han señalado la aparición de las convulsiones con cuadros febriles, hecho que puede explicar su desaparición en la edad adulta.

Un embajador veneciano describe al príncipe de piel blanca, más bien pálida, de cuerpo bien proporcionado, piernas fuertes, nariz aguileña y ojos pequeños.

Adolescencia

La escalada política del joven Carlos se puede resumir en dos años consecutivos, por una parte, en 1516 asume la función de rey del «Estado español», tras el fallecimiento de Fernando «el Católico», ya que su madre se encontraba incapacitada; un año antes (con tan sólo quince años) había sido proclamada su mayoría de edad y se le había confiado el gobierno de los Países Bajos.

La madre de Carlos V, Juana «la Loca», disfrutó de una salud encomiable hasta la etapa final de su vida, que sufrió unos celos patológicos por el bello Felipe, que desencadenaron actitudes psicopatológicas, que según el doctor Vallejo-Nájera, pueden ser encuadradas dentro de una esquizofrenia paranoide.

Felipe «el Hermoso» hizo gala de un apetito pantagruélico, al igual que su padre, durante toda su vida, según las crónicas de la época, su fallecimiento estuvo en relación con un «corte de digestión» tras un partido de tenis en Burgos. Probablemente el verdadero motivo de la muerte fue una infección tóxico-alimentaria.

En este punto hay que hacer una consideración muy importante, Carlos V tan sólo fue rey de España durante 281 días, espacio de tiempo comprendido entre el fallecimiento de su madre (11 de abril de 1555), ya que ejercía de rey en funciones, y la fecha de su abdicación (16 de enero de 1556), por lo tanto, figura en la lista de los soberanos españoles de más corto reinado.

La salud se desgobierna

A los veintiseis años se casa en Sevilla con Isabel de Portugal (curiosamente Tiziano nunca vio a la reina, pero debió acertar bastante en el parecido físico puesto que el

monarca se llevó el retrato a su retiro en Yuste), tras la ceremonia la pareja viaja hasta Granada, en donde pasan su luna de miel. Fue precisamente en esta ciudad donde el monarca regala a su esposa una flor exótica persa que después se convertirá en la flor nacional: el clavel.

Hasta los veintiocho años el monarca disfrutó de buena salud, hasta ese momento en su historial médico tan sólo figuraban las crisis epilépticas infantiles, adenoides y ataques esporádicos de asma. A partir de ese momento su salud comienza a desgovernarse, padece numerosos ataques migrañosos, esto es, cefaleas frecuentes. Los médicos reales prueban todo tipo de hierbas y remedios naturales, pero con resultados infructuosos.

Una de las cefaleas más intensas la sufrió en Barcelona, dado que todos los tratamientos fueron infructuosos, los galenos le aconsejaron raparse la cabeza, tratamiento que actualmente nos pueda parecer ridículo, pero al que el monarca se sometió dócilmente, poniéndose en manos de Gila, su barbero. El Emperador abandonó Barcelona con la cabeza rapada y así lo pintó magistralmente Tiziano en Bolonia, ni que decir tiene que este remedio no surtió ningún efecto en la jaqueca real. De esta forma, y sin pretenderlo, el monarca impuso una moda en toda la corte española, los nobles comenzaron a lucir cabellos cortos.

A lo largo de su vida padeció numerosos ataques de gota, enfermedad que cercenó su salud, el primero lo sufrió en 1528 en un viaje a Valladolid, catorce años después, precisamente en esta misma ciudad padeció el noveno:

A principios del año 1542 se fue a Valladolid a tener las Cortes del reino de Castilla, donde fue atacado por la gota por novena vez y en Mejorada, donde fue a pasar las Pascuas.

La gota es una enfermedad metabólica que se caracteriza por niveles de ácido úrico elevados en sangre y que se manifiesta con dolor articular, especialmente en la primera articulación metatarsofalángica (dedo pulgar) de los pies y signos inflamatorios articulares (enrojecimiento, calor e hinchazón).

Una de las crisis gotosas mejor documentadas, y que además refleja el temperamento espartano del Emperador, aconteció en 1546, en plena batalla de Mühlberg. A pesar de los fuertes dolores articulares en un pie el monarca cabalgó durante largas horas, para amortiguar el dolor se hizo atar una banda de tela al estribo.

En 1547, en Ausburgo, sufre un ataque de ictericia, el Emperador adopta una coloración amarillenta y gran cansancio, que obliga al Emperador a pasar prácticamente todo el mes de agosto encamado, probablemente estuvo en relación con una inflamación hepática (hepatitis), el carácter benigno de la misma hace pensar en un origen vírico.

En la primavera del año siguiente una nueva crisis gotosa aguda le doblaba, los galenos reales aconsejan realizar una estricta dieta, tratamiento que provoca las iras del monarca, ya que había heredado de su padre y de su abuelo paterno un apetito

voraz. Durante la época había una expresión que reflejaba la base del tratamiento de la gota: «la gota se cura tapando la boca», consejo que no llevó a la práctica el Emperador. Como dato anecdótico señalaremos que entre los platos más apreciados por el monarca se encontraba la olla podrida, en la que, entre sus numerosos ingredientes, aparecen trece tipos de carnes diferentes.

En diciembre de ese año sufre un nuevo ataque de gota, según las crónicas reales, los dolores eran tan marcados que sus gritos se oían desde todas las habitaciones de palacio. El monarca precisa durante algunos meses la ayuda de un bastón para la deambulaci3n.

Es precisamente en ese año cuando Carlos V se hace trasladar en litera a Mühlberg, no podía soportar la equitaci3n debido a que sufría hemorroides, patología que consiste básicamente en una dilataci3n de las venas hemorroidales. Curiosamente en el cuadro de Tiziano el Emperador aparece cabalgando.

Durante toda su vida fue un gran glot3n, a pesar de los consejos de sus médicos disfrut3 de comidas pantagruélicas, al igual que su padre y su abuelo Maximiliano, lo cual le gener3 no pocos problemas de dispepsia, patología que se manifiesta como pesadez después de las comidas y ardor en relaci3n con la ingesta. Estas molestias digestivas tambi3n est3n relacionadas con la mala oclusi3n dentaria, derivada del prognatismo real.

Merece la pena hacer una consideraci3n acerca de los hábitos dietéticos, llama especialmente la atenci3n que el Emperador sufriera tan voraz apetito, sin llegar a presentar una obesidad desmesuradamente patológica, lo cual unido a una sed imperiosa durante algunas épocas de su vida hacen pensar que Carlos V sufriera diabetes mellitus, enfermedad en la que aparecen estos síntomas.

Los últimos años del Emperador

Todas estas dolencias provocaron su retirada de la vida política, para ello eligió el monasterio de Yuste como lugar de descanso, a pesar de que los médicos reales no aconsejaban esta ubicaci3n, por presentar un clima húmedo y muy lluvioso. Durante su retiro no abandon3 sus hábitos dietéticos, por lo que las crisis gotosas se hicieron más numerosas y más marcadas. En 1556, en Flandes, una crisis gotosa le impidió abrir una carta enviada por el almirante Coligny.

No deja de ser curioso que a lo largo de su vida los consabidos ataques de gota afectaron a grandes articulaciones, entre las que se encuentran los hombros, rodillas, codos y manos, hechos clínicos que unidos a la precoz edad de debut de la enfermedad hacen sospechar que el Emperador sufrió una patología articular denominada artritis reumatoide atípica, ya que el cuadro clínico no es tan característico de la gota.

¿Qué tratamiento recibió el Emperador para su enfermedad articular? En ese momento los galenos creían que la patología reumatológica se producía por una alteración de los humores, por lo que el tratamiento incluía todo tipo de sangrías y purgantes.

Al Emperador, al igual que a su abuelo Maximiliano, le apasionaban los ritos funerarios, Carlos V disfrutaba acudiendo a los funerales de amigos y conocidos; este hecho fue tan patológico que pidió a los Jerónimos del monasterio que rezaran las vísperas de difuntos y que en el *memento* pronunciaran su nombre, mientras él sostenía una vela, de esta forma el Emperador asistió en vida a sus propios funerales. Esta necrofilia, o interés patológico por la muerte, también la presentaba su hermana Leonor, en cierta ocasión mandó abrir las tumbas de sus antepasados para comprobar si en realidad habían padecido prognatismo.

En Yuste las hemorroides comienzan a ocasionarle grandes problemas, con sangrados continuos, el doctor G. Andrea Mola, desde Milán, le envía en la primavera de 1557 una hierba llamada *caliopsis*, el Emperador la examina con interés y manda plantarla en el monasterio, sus efectos fueron nulos.

Este galeno aconsejó al monarca que había dos cosas que no convenían para su salud, la primera era beber cerveza, a lo cual el Emperador respondió que de ningún modo la abandonaría; la otra, que el lugar elegido para su residencia era demasiado húmedo, a lo cual Carlos V respondió que «aún aquí no había hecho profesión».

Pocos meses después comienza a recobrar la salud temporalmente, Luis Quijada, su secretario, escribe a Juan Vázquez: «Tiene mucha salud, come y duerme muy bien; está sanísimo; ha sentido la gota en un dedo y un hombro, más no es nada.»

Esta recuperación pronto desaparece y en octubre sufre nuevamente molestias articulares que afectan a brazos, muñecas y codos; los dolores son tan intensos que vestirle y desvestirlo es muy trabajoso, pues el mínimo roce genera un dolor horrible en el monarca.

El 31 de agosto de 1558, a las cuatro de la tarde, mientras Carlos V come al aire libre sufre una cefalea: «Su Magestad el Emperador estaba asentado quando le dio el mal, a los treinta y uno de Agosto, a las quatro de la tarde.»

En los días siguientes presenta un cuadro febril, que genera una sed intensa, el doctor Matissio prescribe, cómo no, sangrías regulares, pero en vista que cuatro días después el monarca no ha mejorado, persiste la fiebre y se ha añadido vómitos y sudores profusos, decide avisar a su colega el doctor Cornelio, este galeno llega el 8 de septiembre, tras una valoración inicial prescribe nuevas sangrías, infusiones y purgantes. Entre los días 17 y 18 de septiembre el monarca permanece inconsciente, Luis Quijada escribe:

Estuvo sin que le pudiéramos hablar, más de 22 horas y con la mayor calentura que yo he visto en mi vida.

El 21 de septiembre de 1558, festividad de San Marcos, a las dos y media de la madrugada fallece el Emperador, abrazando un crucifijo y pronunciando sus últimas palabras: «¡Ay, Jesús!»

De esta forma el Emperador, el soldado, el estadista y, sobre todo, el hombre, se despidió del mundo terrenal como un súbdito más.

¿Cuál fue la causa de la muerte? Como ya se señaló anteriormente, en Yuste, al igual que otras regiones españolas, el paludismo era endémico, enfermedad de la que probablemente falleció el Emperador. El paludismo es una enfermedad infecciosa que se transmite por la picadura de un mosquito, llamado Anopheles, y que se manifiesta con fiebres ondulantes, que aparecen cada cuarenta o setenta y dos horas (fiebres tercianas).

Por último, Carlos V fue una persona muy supersticiosa, tenía multitud de amuletos para evitar un elevado número de enfermedades: piedra azul contra la gota, anillo de oro y hueso contra el sangrado, las piedras preciosas para evitar las hemorroides...